
LA CULTURA Y LA EMPRESA

Jaime Maristany

En el lenguaje cotidiano "cultura" es un concepto que abarca actividades esotéricas reservadas a unos pocos, de las cuales no participa el "pueblo", entendiendo por tal el grupo social de medios económicos y extracción social menor o más baja. La "cultura" es un algo diferente que hace gente considerada muchas veces como rara o aún concupiscente o de escasa moral. Es un mundo reservado a los "creativos" o a los "creadores", que se expresan en formas tales como la pintura, la escultura, la literatura, la música clásica o algunas ciencias (en especial los investigadores reciben el beneplácito popular como miembros de la "cultura").

En este ambiguo sentido, la cultura es pues una parte de las actividades de la sociedad, parte considerada por lo general como "diferente al común", muchas veces es como marginal o "excedente social".

En un sentido más estricto, cultura es ese complejo de conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos que el hombre adquiere como miembro de la sociedad.

Esta definición de fin de siglo (Tylor, 1871), se ha visto enriquecida y modificada, aunque siempre en el mismo sentido final, por la teoría de los modelos o de las formas culturales y por la teoría de la estructura social. En definitiva, tanto los que eligen el modelo cuanto los que eligen la estructura social, visualizan la cultura a través de sistemas explicativos diferentes, admitiendo sin embargo la complementariedad de modelo y estructura. De distintas maneras la afirmación redundante en que el concepto no se encierra en una actividad o un grupo de actividades esotéricas, sino en todo lo que hace al hombre en la sociedad.

La diferencia entre cultura-esoterismo y cultura-civilización puede sin embargo aventurarse como un paso sucesivo intuitivo quizá por quienes siendo cultura-civilización no son parte de la cultura-esoterismo. (El hombre de pueblo advierte quizá en su admiración o su desprecio que el esoterismo cultural es a través del tiempo lo que produce las novedades que le van llegando). De hecho una sociedad va conformando sus modos a partir de la copia universal de las actitudes de pequeños grupos. Esto es una ley universal que se aplica a todos nuestros hechos sociales. Podemos argumentar que estos pequeños grupos son hoy día quizá grupos de clase media alta que "imparten" modelos sociales a los demás, quienes los aplican. Hay una línea temporal que parte de los grupos cultura-esotéricos, se mueve hacia los grupos influyentes en cada momento social y se dispersa luego por toda la sociedad deviniendo ya, no cambiando tan sólo, parte de la cultura-civilización. Los grupos de posguerra, los "existencialistas", no eran tan sólo unos no-conformistas, sino que venían alimentados por Kierkegaard.

En este caso de la posguerra podemos afirmar que desde Kant y Hegel, el devenir se impregna en Cezanne, rompe en Picasso, se hace filosofía con Heidegger, Kierkegaard, Husserl y Ortega, es letra con Hemingway y por fin lo canta el pueblo con Edith Piaf. Seguramente ella como los que la escuchaban no suponían que podían tener ninguna relación con ese austero filósofo de Königsberg, pero así era.

Este tipo de relación puede parecer dudoso en nuestros días. Lo que hoy solemos escuchar es que una sociedad es lo que es su economía. No oímos hablar de sociedades de alta cultura, media cultura o cultura baja, sino de sociedades desarrolladas, en vías de desarrollo o subdesarrolladas. Estos parámetros están tomados del

nivel económico alcanzado. Cuando se habla de ayudar a una sociedad para que deje de ser subdesarrollada se habla de aumentar su poder económico, se piensa en términos de dinero. De hecho para nuestro modo de ver las cosas hoy día, la mayoría de las sociedades anteriores a la nuestra serían subdesarrolladas. Concretamente la sociedad hindú es considerada hoy como tal, así como también lo serían la siriaca, la sinica, la hitita, la índica, la yucateca, la arábica, la iranica, todas ellas relativamente pobres, todas ellas con problemas de hambre y pobreza: hace apenas doscientos años que el hombre puede salir de las ciudades sin tener que temer por ello. De las 24 civilizaciones que distingue Toynbee, no creo que ninguna, aparte quizá de la nuestra, pudiera ser considerada desarrollada en los términos económicos en que hoy se miden las sociedades. Todas las demás serían pobres, en los términos habituales de muchos medios actuales, sociedades subdesarrolladas.

El concepto que involucra esta afirmación es que solamente la riqueza permite como hecho secundario el arte. Este concepto no puede considerarse válido. Una sociedad que deba tener algún desarrollo económico necesita la tecnología y esa tecnología es el resultado de la investigación y del pensamiento científico. No hay pensamiento científico sin filosofía aunque muchas veces esto se ignore y en esta necesidad de expresión básica, no hay filosofía ni hay ciencia en una sociedad que no dé lugar también al arte.

Lo que ocurre realmente es que el hombre tiene una necesidad básica y fundamental que es la de expresarse, necesidad que hace a su calidad de persona y que se hace evidente desde sus utensilios primarios. Cuando a los tiempos azarosos de la guerra sigue una cierta paz social, la necesidad de expresión del hombre se denota en la filosofía, en la ciencia, en la arquitectura, hecho que alguien piensa para que la gente viva en esas casas, en la escultura y en la pintura que siguen a esa arquitectura, en el canto que nace naturalmente en cada persona. Cada una de estas expresiones es repetida en tono menor por los que gustan de ellas y esas tendencias hacen que se necesiten determinados materiales, determinadas vestimentas, que se ideen transportes. Sólo la guerra ata y disminuye algunas veces estas expresiones.

Por eso no es la economía la que da nacimiento a la ciencia y al arte sino que por el contrario son ellos los que enriquecen la economía, produciendo una escalada mutua que puede modificarse en el arte y en la ciencia cuando la economía cae. Si fueran des-

truidos el arte y la ciencia, se produciría entonces el colapso de la economía. Una sociedad de gran riqueza, donde no haya intereses artísticos ni científicos, es concebible tan solo trabajando por la supervivencia sometida a una tecnología extraña a ella y que por fin deberá caer por falta de idoneidad para vencer las dificultades de distinto tipo que el destino plantea a las sociedades.

Advirtamos pues lo que ocurre con naciones latinoamericanas que han sido desculturizadas. La cuestión no es que son pobres porque no tienen fábricas sino que lo son porque ya nadie tiene interés por lo que puedan hacer, salvo quizá con armas o drogas que son el final en la escalada de degradación que nos tiende el destino.

En este proceso de perder la propia cultura algunos pueblos mueren y otros se convierten en colonia, pero es siempre un camino conflictivo.

Pero también la agresión interna produce efectos similares. Un pueblo censurado perderá expresión artística, filosófica, científica y en un proceso a veces largo pero constante, es por fin invadido por otras culturas y desaparece. El celo por controlar la expresión ha vaciado de arte a Rusia y sus científicos entran permanentemente en crisis con el sistema. El "arte oficial" va a ser útil para algunos, por algún tiempo, pero produce habitualmente un arte de poca profundidad y son los artistas subterráneos los que quedan por fin en la historia. El estado es aquí en gran proporción lo que los críticos pueden ser en pequeña dimensión: liquidador de bienes intelectuales.

Esto se suele apoyar en la necesidad de controlar los excesos. Es evidente que existen empresas dedicadas a fomentar la pornografía, la prostitución, la drogadicción como empresas comerciales y que deben ser acotadas y reprimidas. Pero hay un largo camino entre la pornografía y los desnudos de Miguel Angel y ese camino no puede recorrerse sin destruir la cultura en el más amplio sentido de la palabra. Toda censura debería estar administrada por personas que odieran la censura, miembros de organizaciones intermedias convocadas por el Estado y que por lo tanto sólo actuaran por excepción.

Pero ese estancamiento no ocurre en una sociedad donde existe libertad de expresión, donde no hay arte oficial, donde hay tantos centros culturales independientes, que se multiplican las opiniones y las posibilidades, las creaciones y las críticas. En esa sociedad se produce naturalmente una decantación de lo que más con-

viene a ese tiempo, el Estado no es necesario y entonces existe la continuidad que nunca dan los Secretarios de Cultura (o cualquiera sea su denominación) y existe una multiplicidad que enriquece la cultura en los dos sentidos que hemos señalado para esta palabra.

Para que se puedan dar estos extremos, es preciso que no haya una cultura "oficial", sino que el Estado se coloque decididamente en posición secundaria o no intervenga; en segunda instancia se necesita que haya "administraciones de cultura" en la sociedad.

¿Quiénes son estos "administradores de cultura"? En cultura hay artistas, científicos, literatos, por un lado y por otro quienes se encargan del arreglo de la obra, se encargan de mostrarla, se preocupan por premiar, vender, juzgar. Alrededor del autor se desenvuelve toda una palafernalia que le es indispensable aunque en ocasiones la considere molesta, no sin razón. Este mundo no es de artistas ni literatos sino de gente que ama la cultura, que negocia con ella o ambas cosas.

Habitualmente alguien se encarga de vender la obra, de arreglarla o imprimirla, de juzgarla; alguien la compra. El problema que afecta a las sociedades es la falta de estímulo relativo a los artistas y científicos jóvenes. La falta de este estímulo hace que algunos de ellos (o muchos) se dediquen a otras actividades y mantengan su expresión verdadera sin desarrollar, a nivel de curiosidad familiar. El estímulo que precisan es relativo, porque hace al estadio de cada sociedad y de cada artista. Un joven de dinero precisa quizá el apoyo de un artista famoso que lo felicite; otro precisará de un premio para sentirse corroborado en su accionar por el maestro; otro por el dinero para ir a estudiar o para comprar elementos necesarios. En una sociedad esto significaría un viaje de tres leguas y en otra un viaje en avión; en una un premio de una moneda y en otra de cien papeles-dinero; sólo en cualquiera una felicitación, el aliento y la observación de un maestro, son iguales.

Y cuando una sociedad no cuenta con los amantes de la cultura, la cultura decae, sea porque menos se dedican a ella, sea porque se convierte en cultura oficial. En una época hubo reyes y duques y mecenas. Hoy apenas si los hay.

Así es como la cultura de nuestro tiempo, impulsada además por la masificación propia de estos años, tiende a la cultura oficial en algunos países, y a disminuir en otros.

En la Argentina hemos tenido buenos "culturizantes" pero también hemos vivido siempre con un ojo en el exterior. Lo ex-

trajero era mejor por antonomasia. De pronto y por imperio de circunstancias económicas fortuitas, nos convertimos en gente rica que iba al exterior con ventaja; los bienes importados llenaban nuestro mercado. Aquí anotamos un ejemplo único y revelador: las tiendas de cosas importadas. No importaba qué, importaba tan solo que fuera importado. Caso único en el mundo, donde uno encuentra en la camisería camisas nacionales y quizá importadas y elige. Aquí nos definimos antes: sólo lo importado, primero lo importado.

Y de pronto nos despertamos, las casas del importado cerraban y quedábamos doblemente pobres: pobres porque amábamos lo extranjero por encima de lo nuestro (lo otro antes que yo) y pobres porque toda la riqueza momentánea se convertía en miseria.

Estamos sin duda en un punto de crisis pero no de una crisis económica (que existe) sino básicamente de una crisis de ser. Ser que no es una cosa de fuera sino que engarza en puntos muy concretos:

adorábamos lo extranjero,
renegábamos de nosotros.

Esto a nivel individual se llama alienación y a nivel social se llama colonia. Y cuando nos quedamos pobres luego de ser ricos fuimos más colonia que antes.

La crisis actual es no creer en nosotros, en cada uno de nosotros, en mí y en el vecino y en el gobierno. Si no creo en mí, ni en el vecino, ni el gobierno y creo que todo lo extranjero es mejor, entonces estoy en crisis. Sino podré estar pobre, pero no estaré en crisis. Y una cosa es la crisis social y otra la pobreza que la acompaña o no.

Esta nuestra sociedad en crisis. precisa revitalizar su cultura para poder recrear ese ser, esa confianza por lo propio, ahora que ya sabemos que no podemos confiar en lo extranjero.

Para no caer en la pauperización cultural de otros países, es preciso reactivar la cultura argentina a través del estímulo que merecen nuestros artistas, literatos y científicos.

Y esta función debe contar con la presencia irrevocable de la empresa comercial. Son las empresas las que hoy tienen el poder económico para ese mecenazgo que puede ser mínimo o grande pero que sólo ayudando a multiplicar puede dar la sociedad cultural diversificada que incita a una sociedad rica, a una sociedad

que tiene más necesidades verdaderas y no falacias que se rompen y crean una nueva frustración. Los costos de un premio son mínimos. Hoy pueden estimarse en 100.000.000.— Muchas empresas pueden disponer al año de tal cifra. Y, por otra parte, este es un hecho habitual en los países más adelantados, lo cual no hace casual el hecho de ese mayor adelanto.

La empresa ha transcurrido desde una época en que el divorcio con lo cultural era total a otra en que se habló de la "responsabilidad social", la obligación de "devolver" a la sociedad los beneficios que la empresa percibía de esa sociedad.

A la luz de lo analizado creemos que esos tiempos han muerto. La sociedad necesita de la cultura para estar viva; la cultura crece más y mejor con estímulo; la empresa es hoy quien cuenta con los dineros necesarios para ofrecer este estímulo. La "devolución" es al revés, ya que es la empresa la que puede encontrarse al querer vender, con una sociedad pauperizada o estimulada. A aquélla le venderá armas y drogas. A ésta, una gran variedad de materiales y servicios.

Pero también es responsabilidad del mundo de la cultura bajarse de ese pedestal en que se ha elevado. En nuestro ancestro está la afirmación de que lo comercial es de menor valor. Por eso el hombre culto o snob mira al industrial y al comerciante por encima del hombro. Por eso el hombre de negocios teme al hombre culto y por lo tanto lo rechaza. Es fundamental para que la Argentina sobreviva que ambos seres y ambos mundos se sienten a conversar sin resquemores si el país debe recibir alguna vez un fuerte estímulo.



Prof. Jaime Maristany

Abogado, graduado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador. Prof. Titular de la Cátedra: Seminario y Planeamiento de Carrera de la Universidad del Salvador. Profesor Titular de Desarrollo Personal en la Universidad Argentina de la Empresa. Director de la División Relaciones con el Personal, Unión Carbide Argentina, S.A.I.C.A.